

Toti Martínez de Lezea

# L'ARRATIEN



erein

L'ARRATIEN

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

1.ª edición: noviembre de 2024

Diseño y maquetación:  
Erein

Ilustración y diseño de cubierta:  
Aritz Albaizar

© Toti Martínez de Lezea

© EREIN. Donostia 2024

ISBN: 978-84-9109-996-3

D. L.: D 924-2024

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107  
20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)    

Imprime: Gertu inprimategia

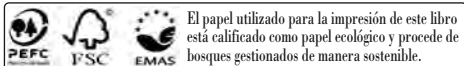
Zubillaga industrialdea, 9

20560 Oñati, Gipuzkoa

T 943 783 309 F 943 783 133

e-mail: [gertu@gertu.net](mailto:gertu@gertu.net)

[www.gertu.net](http://www.gertu.net)



Toti Martínez de Lezea

# L'ARRATIEN



Sentado en el espigón del pequeño puerto, las piernas colgando, la mente en blanco, en un atardecer luminoso que transforma el enclave en un lugar mágico para quien tiene imaginación, o simplemente hermoso para quien disfruta de la belleza de la Naturaleza, espera a que sea de noche para dirigirse hacia la ermita con la intención de lanzarse a ese tramo de mar donde se origina una de las olas más perfectas del mundo, delicia de surfistas y curiosos. Él no es ni lo uno ni lo otro, de hecho nada bien, pero no es su intención darse un baño nocturno sino acabar de una vez por todas con su miserable vida. De todos modos, recogerá algunas piedras para meterlas en los bolsillos por si acaso el instinto de supervivencia lo empuja a braucear. Suspira, decidido como está a no ver un nuevo amanecer, se pone en pie y echa a andar.

Hace frío, no se ve un alma, nadie vendrá a importunarlo, y encontrarán su cuerpo en los arenales o desmembrado entre las rocas. No lleva encima DNI ni móvil, así que

nadie sabrá quién es y lo enterrarán en una tumba sin nombre. Algo llama su atención de camino a la ermita; una bombilla colgada de un cable ilumina un letrero casi ilegible. Se aproxima y lee «L'Arratien», y debajo: «Comidas y Bebidas». Le hace gracia que a alguien se le haya ocurrido poner un nombre en francés a lo que parece ser un tugurio cochambroso; está cerrado, pero hay luz en su interior, y en la puerta un cartel escrito a mano con letras desiguales: «*Se necesita cocinero*», y sonrío. ¿Quién diablos va a querer trabajar en un local de mala muerte que se cae a pedazos?

No sabe muy bien por qué lo hace pero golpea la puerta con los nudillos. Al rato está sentado a una mesa de madera gastada, con un vaso de vino peleón en las manos, un plato de chorizo y unos trozos de pan reseco. Esa noche duerme en el sobrado, en un colchón sobre el suelo, rodeado de trastos, y por el momento olvida la idea del suicidio.

Karmentxu por su parte tarda en conciliar el sueño. ¿Cómo se le ha ocurrido dejar entrar a un desconocido con barbas, greñas hasta los hombros y pinta de mendigo? ¿Y si es uno de esos que se drogan o, peor aún, un asesino? Ya se imagina los titulares de los periódicos: «Viuda asesinada en su propia cama», aunque no se le ocurre el motivo por el cual alguien querría matarla, dineros no hay en la casa y cosas de valor tampoco. ¿Y si se trata de un violador de mujeres mayores, que también los hay? Se levanta presurosa y comprueba que ha cerrado por dentro la puerta de la habitación, coloca por si acaso una silla bajo la manilla y vuelve a acostarse asiendo el cazo que utiliza para hervir hojas de menta sobre la estufa cada vez que nota un

comienzo de resfriado. Amanece cuando por fin se queda dormida.

Despierta pasadas las nueve de la mañana y tiene un sobresalto, ella es mujer madrugadora y está tras el mostrador a las ocho en punto para servir cafés y carajillos a los cuatro clientes de costumbre. Minutos más tarde baja presurosa la escalera y se detiene atónita al comprobar que el «pordio-sero», de quien únicamente conoce el nombre, Pello Segura, presenta un aspecto muy diferente al de la víspera. Con las greñas recogidas bajo un pañuelo, en realidad una servilleta, otra al cuello y un mandil limpio, uno de los que guarda en un cajón, atiende a dos de sus parroquianos habituales, los únicos en ese momento.

Recién barrido, el local huele a café, y sobre la barra se aprecian platos con pinchos, gildas y un par de cestillos con porciones de pan recién hecho. Atento a la cafetera, el hombre no se percata de su presencia, y ella aprovecha para entrar en la cocina; abre la boca estupefacta. No es que descuide la limpieza, pero no puede sino sorprenderse al ver el fregadero brillante, los estropajos apilados, utensilios, botes, botellas, frascos, platos, sartenes, cazuelas, cubiertos, trapos... todo en su sitio como hace tiempo no lo está. Le llama la atención un montón de cacharros apilados en un rincón del suelo, pero luego se fija en que algunos están descascarillados, mellados, rotos. No los ha tirado porque nunca se sabe si podrían servir para algo, pero, a la vista está, el nuevo cocinero no opina igual. Regresa al bar, y sus miradas se cruzan. Los clientes se han marchado, y él le indica una de las dos mesitas situadas bajo las ventanas que dan al puerto; se

sienta y al instante tiene delante una humeante taza de café con leche y un pincho de tortilla caliente. Es el inicio de una relación que ninguno sabe cuánto durará, pero que ambos esperan fructífera; ella ha encontrado ayuda y compañía en el momento en que su vida inicia la cuesta abajo; él, un hogar.

Poco a poco, se amoldan una al otro, si bien la mujer no logra averiguar qué ha llevado allí a un hombre todavía joven, de buen ver y sobre todo fantástico cocinero. Cuando se lo pregunta, él se limita a responder:

—Cosas de la vida...

Y no hay manera de sacarlo de ahí; sabe su nombre, pero no de dónde viene y si tiene familia. Tampoco consigue que se corte el pelo y se afeite; es como si quisiera preservar su rostro oculto bajo una máscara. Sí ha aceptado algunas de las ropas de su difunto, de similar constitución, que ha guardado por la misma razón por la que no ha tirado los cacharros viejos, por si acaso pueden servirle a alguien, en especial la chamarra de piel que compró a un pescador que hacía la ruta del bacalao y que casi nunca se puso porque la consideraba un tesoro.

| 02 |

Seis meses más tarde, la taberna oscura y destartalada a la que solo acudían por costumbre media docena de clientes se ha transformado en un lugar muy diferente. Las habilidades del nuevo cocinero han corrido de boca a oreja, hasta el punto

de que es preciso reservar con antelación los fines de semana. Visto el éxito, la dueña solicitó permiso para hacer obra en el cobertizo adjunto a la vivienda a fin de instalar allí un pequeño restaurante en condiciones. El permiso le fue concedido de inmediato, pues el edificio representaba un baldón en el cada vez más concurrido Mundaka durante casi todo el año debido al paisaje, las playas de los alrededores y, de manera muy particular, su ola izquierda, la mejor de Europa. De hecho, ayuntamiento y vecinos ansiaban que la mujer se jubilara cuanto antes y pusiera la casa en venta.

La metamorfosis del local es considerada un milagro. No solo se ha montado el nuevo comedor, también se ha aprovechado para arreglar el tejado, pintar las paredes y colocar flores en el balcón y en las ventanas, de forma que muchos se fotografían delante del L'Arratien, que luce letrero nuevo pintado a mano sobre madera y ha recibido críticas muy favorables en varias publicaciones gastronómicas. Sorprende, eso sí, que no haya carta; cada día se ofrece un menú diferente, pero solo uno. Es más, y por si mudan de opinión, a los clientes se los informa del mismo al hacer la reserva o antes de tomar asiento indicándoles que no hay posibilidad de cambios y que el plato principal consiste siempre en pescado de temporada. No solo eso; los platos de un mismo pescado tampoco se repiten, lo cual ha acabado creando expectación entre los más asiduos.

Si bien abren a primera hora para que los parroquianos de siempre tomen su café matinal, el local cierra los lunes, jornada que Pello dedica al inventario y a tratar con los pescadores que lo proveen. También aprovecha para acudir a la

lonja y al mercado de Bermeo, así como a algunos caseríos de la zona a fin de reponer existencias. Lo hace en la vieja y ruidosa camioneta de Karmentxu, acompañado por Daniel, pescador jubilado y manitas, quien suele hacer trabajillos a cambio de unos euros. Él no tiene documentación, y no es cuestión de que lo detengan debido a cualquier percance. Asimismo lista los menús de la semana y, en el tiempo de asueto que resta, sube a la ermita, se sienta a contemplar el mar y permanece ensimismado hasta el anochecer, llueva o haga buen tiempo. Extremadamente parco, responde a preguntas y saludos con monosílabos o con un simple gesto de cabeza, y sus vecinos, tan aficionados a los motes, han acabado por referirse a él como «*bakartia*», el solitario.

Todavía se pregunta por qué cambió de opinión, por qué no se lanzó al agua como era su propósito a fin de acabar con todo de una maldita vez. Sigue sin obtener respuesta. No quiere pensar, pero tampoco puede evitar recordar su vida anterior, su subida a lo más alto y su caída a los infiernos. Quizás encuentre la paz que necesita en este pueblo costero o en cualquier otro más pequeño si cabe, aunque de sobra sabe que tardará en liberarse de sus demonios, si algún día lo logra. De todos modos la actividad del local lo mantiene suficientemente ocupado para no caer en el estado de depresión que lo ha atenazado durante los dos últimos años y le está agradecido a la buena de Karmentxu por una oportunidad que ya no esperaba.

Una mañana, la pequeña Irati echa a andar por la carretera de la costa que une Bermeo y Mundaka y veinte minutos más tarde llama a la puerta del cuarto y último piso de un edificio desde el que se divisa el mar. El hombre que abre permanece atónito durante unos instantes al ver ante él a su nieta, la mochila de la escuela a la espalda y las mejillas brillantes por la caminata.

—Mis aitas se pasan el tiempo discutiendo —dice.

Entra en el piso, deja la mochila en una butaca de la sala y va directamente a la cocina. Encima de la mesa hay un vaso de café a medio beber, y coge una magdalena de la bolsa abierta junto a la cafetera.

—¿Por qué discuten?

—Porque ya no son amigos.

—¿Saben que estás aquí? —pregunta él antes de beberse de un trago lo que queda en el vaso.

—No.

—¿No?

—A ver, *aitite*. Ya te he dicho que no hacen más que discutir. Ya sabes que se han separado y no se enteran de que yo también estoy ahí. Les he dicho que iba a la escuela, y ni me han dicho adiós, así que he decidido venirme a vivir contigo.

Y sin más, coge otra magdalena, va a la sala y enciende la tele.

Pako Goitiz contempla el mar desde la ventana. Van ya casi cinco años desde su jubilación como maquinista de un mercante, los mismos desde el fallecimiento de su esposa

durante cuarenta, de los cuales no llegaron a dos los transcurridos juntos. No estuvo presente en el nacimiento de su hija, no la vio crecer, llegó justo para asistir a su boda y tampoco estaba cuando nació su nieta. Y Miren... Al menos pudo asir su mano antes de que cerrara los ojos para siempre. No había reproches en su mirada, pero sí una tristeza inmensa por la ausencia del hombre a quien acompañó al altar iluminada y la melancolía que fue adueñándose de ella, y transformó a la joven alegre en una mujer triste que apenas hablaba. No quiere seguir pensando y saca el móvil, *Irati está conmigo*, teclea, y va a reunirse con la niña.

Libe y Koldo llaman a la puerta un rato más tarde, la preocupación plasmada en los rostros. Su hija entra sin tan siquiera saludar, pero él se interpone entre su exyerno y la jamba de la puerta.

—Tú esperas fuera —dice, y cierra de golpe.

Nunca le ha gustado este tipo, un guaperas con mucha labia y poco seso, heredero del restaurante familiar sin dar un palo al agua. Su hija lo conoció en fiestas de Bermeo, quince años atrás, y se enamoró como una tonta; dejó los estudios de empresariales y las clases de pintura, y se fue a vivir con él o, más bien, se fue a trabajar gratis para él. Durante ese tiempo, ella se ha ocupado de todo: personal, abastecimiento, cocina, menús, limpieza..., mientras él pasa el tiempo de palique por mucho que asegura que lo suyo son las relaciones públicas a fin de captar nuevos clientes. Y la caja, claro; también se encarga de controlar la caja.

La bronca mantenida con su hija en el exterior del tatoratorio donde reposaban los restos de la esposa y madre los

hirió por igual, quizás a él más al escuchar los reproches que ella le hizo, porque sabía que tenía razón. Mirén había parido y criado sola a su hija, sola había llorado a sus dos nonatos, sola había vivido más de la mitad de su vida, y él... no le había sido del todo fiel. ¿Cómo serlo a unas edades en las que el cuerpo le pedía marcha y pasaba semanas sin desembarcar? Se desfogaba en burdeles y garitos, pero puede jurar que solo se trataba de eso, de un desahogo. Bueno, excepto...

—¡Qué no! ¡Qué me quedo con *aitite!*

La voz de su nieta lo vuelve a la realidad, y entra en la sala. La pequeña se enfrenta a su madre, al igual que esta lo ha hecho con él en innumerables ocasiones, y sonrío; ambas han heredado su carácter.

| 04 |

Libe medita mientras fuma un cigarrillo en el balcón del piso que sigue compartiendo con Koldo; tal vez la fuga de la niña ha sido oportuna en un momento en que su existencia se ha vuelto difícil. Ya no es la chavala de veinte años prendada del joven apenas cuatro mayor que se la acercó con un vaso de sidra en el parque de la Lamera durante las fiestas de *Andramaris*. No recuerda qué grupo tocaba, pero sí que estaba bastante sofocada porque llevaba un rato largo pegando saltos y cantando a grito pelado. No era la primera vez que se veían; coincidían en el bar de copas al que solía ir con las amigas los viernes por la noche y se había sentido atraída por él,

aunque nunca hubieran intercambiado palabra. Lo vio aproximarse sonriente, fresco como recién duchado, la barba corta, la camisa de mahón y el pañuelo marinero al cuello, y le pareció el tipo más atractivo del mundo, tanto, que olvidó a su cuadrilla y acabó en el ático encima del restaurante familiar. Era virgen y no disfrutó a la manera que veía en las películas, pero no le importó. Más bien normal, sin nada especial que la distinguiera de cualquier otra moza de su edad, había descubierto el sexo en brazos del hombre más deseado de Bermeo. A la mañana siguiente, antes de las siete, corría por la carretera cual Cenicienta huyendo del palacio del príncipe encantador. Su madre todavía dormía; se duchó y se metió en la cama, dolorida pero feliz.

—¿Por qué le has dejado quedarse con el viejo?

La pregunta en tono molesto de Koldo la trae de nuevo al presente; el cigarrillo se ha consumido en sus dedos y lo hinca en un tiesto solo con tierra que aparece lleno de colillas.

—Allí al menos no la despertarán tus voces cuando llegas borracho de madrugada —responde.

—Soy su padre y tengo derecho a decidir dónde vive mi hija.

—Te recuerdo que nos hemos divorciado, y que el juez me ha dado a mí la custodia.

—¿Y qué haces aquí todavía?

—Las maletas.

Pasa por delante de él sin tan siquiera mirarle y entra en el cuarto que comparte con la niña desde el momento en que solicitó el divorcio. Durante ese tiempo ha continuado

encargándose del negocio y del piso, pero apenas intercambian un par de frases cuando se encuentran en el pasillo, y las veces que responde hay bronca. Acaba de meter sus cosas y las de la niña en las maletas, echa un vistazo a su alrededor y sale.

—Puedes seguir trabajando en el restaurante —lo oye decir antes de cerrar la puerta—. Te pagaría un buen sueldo...

Su respuesta es levantarle el dedo.

Dispone del coche viejo de diez años, que Koldo no ha dejado de recordarle puso a su nombre en un gesto de generosidad; él se compró uno nuevo, de un llamativo rojo chillón y de mayor cilindrada. Poco después entra en su antigua habitación del piso familiar. No hay nadie; la niña está en la escuela y su padre estará por ahí dando una vuelta y contemplando el mar que tanto ama. Se sienta en la cama, contempla el cielo a través de la ventana y llora hasta quedarse sin lágrimas. Luego sale en busca de trabajo.

La cosa no resulta fácil a finales de febrero, temporada en la que decae un tanto la actividad hostelera, y regresa abatida al cabo de unas horas. Abuelo y nieta se hallan entretenidos montando la maqueta de un pesquero, hobby al que él se aficionó al jubilarse ya que nunca ha sido hombre de tabernas y tampoco le gusta leer o ver la televisión. Su padre no hace comentario alguno ante el aspecto derrotado de su hija, solo un gesto para que lo siga a la cocina donde le sirve un plato del marmitako sobrante del mediodía y un vaso de vino.

| 05 |

Un lunes, de vuelta de la ermita ya de noche, en un cruce aparece un coche que le pasa rozando y a poco lo atropella. Él permanece perplejo durante unos instantes; el vehículo se detiene, y la conductora baja del mismo y se dirige a él.

—Lo siento... Es que como no había nadie... Lo siento. ¿Estás bien?

No responde; mira a la mujer joven que lo observa con preocupación y prosigue su camino.

—¡Lo siento! —la oye decir, pero él sigue adelante.

No puede sin embargo evitar una mueca irónica. Durante un segundo ha estado cerca de la muerte y, sin quererlo, aquella loca le ha hecho ver claro que no desea morir en absoluto, no al menos por voluntad propia.

A eso del mediodía del día siguiente, cuando más ajetreteado se halla, la dueña entra en la cocina, fisionea pucheros y fuentes, y asegura que es difícil, por no decir imposible, que ellos dos solos se ocupen de atender el local. Él únicamente sale de la cocina para llevar los platos a las mesas, y ella debe encargarse de recogerlos, atender la barra, preparar cafés, infusiones y copas. Vale que él friega los cacharros, pero ella se ocupa de limpiar los dos locales, taberna y comedor, además de lavar, colgar y planchar manteles y servilletas. Demasiada labor para una señora mayor a punto de jubilarse. Habla casi sin coger aire, mientras él, a la espera de averiguar dónde quiere ir a parar, la escucha impertérrito sin dejar de picar las cebollas destinadas al salmón a la naranja que tiene previsto para el menú de hoy.

—A partir de ahora contaremos con una persona más para echarnos una mano.

Levanta las cejas sorprendido y le da la impresión de que la dueña se ha quitado un peso de encima, como si temiera que él fuera a negarse. En realidad, también ha pensado que aquel es demasiado trabajo para ellos dos solos y que sería conveniente disponer de ayuda. No se lo ha dicho por pereza y cierta reticencia a compartir con alguien más su particular edén.

—Ven —la oye decir—. Libe Goitiz. Pello Segura.

Levanta las cejas sorprendido, ya es casualidad; se trata de la misma mujer que a poco lo atropella la pasada noche. Ella no parece reconocerlo, claro que ahora lleva un mandil puesto, una servilleta al cuello y otra cubriéndole la cabeza, poco que ver con el viandante de la chamarra de piel de la víspera.

Hechas las presentaciones, la mujer se lleva a la recién llegada a conocer el local y, de paso, evitar que su cocinero diga algo inconveniente. Mientras va tras ella, Libe no puede menos que pensar en la suerte de haberse topado con Karmentxu, la mejor amiga de su madre, por no decir la única. Esa misma mañana se ha dirigido al puerto con la idea de tranquilizarse un poco tras intentar, de nuevo sin resultado, buscar trabajo en hoteles y bares, también en las conserveras e incluso en alguno de los comercios. Mundaka es una localidad pequeña sin demasiadas salidas en esta época del año, y en Bermeo tendría más probabilidades de encontrar algo, pero no quiere volver al lugar donde fue inmensamente feliz y también desgraciada. Por nada en el mundo desea encontrarse con su

ex, tampoco con las amistades de ambos, dar explicaciones, sonreír como si nada hubiera ocurrido... Por otra parte, no la convence en absoluto la idea de tener que vivir en el piso de su padre, le trae demasiados recuerdos, sigue culpándolo de la soledad de su madre y está convencida de que, antes o después, él le echará en cara el haber abandonado los estudios para irse a vivir con el *ganorabako* de bragueta floja, como llama a Koldo. No quiere discutir con nadie, solo encontrar el medio para que su hija y ella puedan vivir tranquilas. Y en eso se ha fijado en el L'Arratien.

La taberna destartalada que recordaba se ha convertido en un lugar encantador. La dueña se halla en esos momentos atendiendo a una pareja sentada a una de las dos mesitas colocadas en el exterior, contra el muro. Se ha aproximado con la sonrisa en los labios y la ha llamado por su nombre. La mujer ha tardado unos instantes en reconocerla, los años no pasan en balde y llevan mucho sin verse; ha soltado una exclamación y la ha abrazado como cuando era niña y solía acudir con su madre a tomar un café con leche a media tarde. Mientras las dos mujeres hablaban de sus cosas, ella corría por la casa, entraba en los cuartos, subía al desván repleto de trastos, miraba por el ventanuco que da al puerto y se imaginaba zarpando a la aventura en un barco vikingo que, según contaba la maestra en la escuela, arribó a la costa muchos siglos atrás y sus tripulantes se casaron con mozas del pueblo, de ahí que hubiera tantos ojos azules en Mundaka, añadía con una sonrisa. Nunca le ha contado esa historia a Irati; su sueño se quebró poco después de dar a luz, cuando comprendió que Koldo no sería el marido ni el padre deseado.

A grandes rasgos, sin demasiados detalles, le cuenta la situación en la que se encuentra, y su alegría no tiene límites cuando su amiga la insta a trabajar en la taberna con ella, no para ella, recalca. El negocio va viento en popa como no imaginaba que iría unos meses atrás, y todo gracias a un cocinero capaz de transformar un plato insulso en una obra de arte, ha reído encantada. Si las cosas continúan así de bien, quizás espere un tiempo más antes de jubilarse. Necesitan ayuda y nadie mejor que alguien de confianza y con experiencia como ella, aunque, señala, el hombre no es precisamente una persona fácil, pero, a fin de cuentas, tampoco necesitan hablar, solo centrarse en el negocio.

| 06 |

Desde la marcha de Libe y de su hija, Koldo Sola está inquieto. No es que antes parara mucho en casa pero siempre que entraba la encontraba recogida, escuchaba voces y risas, tenía el desayuno dispuesto al levantarse, la ropa lavada y planchada en los cajones, las toallas limpias, la nevera llena. No hay más que echar un vistazo alrededor para comprobar que esto es lo que llaman un piso de soltero... guarro; no solo está desordenado, también está sucio. Lo más preocupante es sin embargo la desgana que siente últimamente para salir con la cuadrilla, para trasnochar como acostumbraba. Incluso ha perdido el ardor venéreo que lo llevaba a desnudar a las mujeres con la mirada y ni siquiera ha vuelto al almacén con